

Katherine Mansfield

Las Hijas del
Difunto Coronel



E LEJANDRIA

LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

LAS HIJAS DEL DIFUNTO CORONEL

KATHERINE MANSFIELD

PUBLICADO: 1922
FUENTE: PROJECT GUTENBERG
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA

LAS HIJAS DEL DIFUNTO CORONEL

I

La semana que siguió fue una de las más atareadas de su vida. Hasta cuando se acostaban, solo sus cuerpos se tendían y descansaban; sus mentes seguían adelante, dándole vueltas a las cosas, discutiéndolas, preguntándose, decidiendo, intentando recordar dónde...

Constantia yacía como una estatua, las manos a los costados, los pies apenas montados el uno sobre el otro, la sábana hasta la barbilla. Tenía la mirada clavada en el techo.

—¿Crees que a padre le importaría que le diéramos su chistera al portero?

—¿Al portero? —saltó Josephine—. ¿Por qué al portero, por todos los santos? ¡Qué idea tan extraordinaria!

—Porque —dijo Constantia despacio— tendrá que ir a muchos entierros. Y me fijé en que en... en el cementerio solo llevaba un bombín. —Hizo una pausa—. Pensé entonces lo mucho que agradecería una chistera. También deberíamos hacerle un regalo. Siempre fue muy amable con padre.

—Pero —exclamó Josephine, revolviéndose en la almohada y mirando a Constantia a través de la oscuridad—, ¡la cabeza de padre! —Y de pronto, por un instante espantoso, estuvo a punto de soltar una risita. No es que tuviera, claro está, la menor gana de reír. Debía de ser la costumbre. Años atrás, cuando se quedaban despiertas de noche charlando, las camas se les sacudían enteras. Y ahora la cabeza del portero, que desaparecía, asomaba

de golpe, como una vela, bajo el sombrero de padre... La risa subía, subía; ella apretó los puños; la contuvo; frunció el ceño con ferocidad ante la oscuridad y dijo «Acuérdate» con tremenda severidad.

—Podemos decidirlo mañana —dijo.

Constantia no había notado nada; suspiró.

—¿Crees que deberíamos teñir también las batas?

—¿De negro? —casi chilló Josephine.

—Pues ¿de qué, si no? —dijo Constantia—. Estaba pensando... no parece del todo sincero, en cierto modo, ir de negro en la calle y cuando vamos vestidas del todo, y luego, cuando estamos en casa...

—Pero nadie nos ve —dijo Josephine. Dio tal tirón a las sábanas que se le destaparon los dos pies, y tuvo que encogerse hacia las almohadas para volver a taparlos bien.

—Kate sí —dijo Constantia—. Y el cartero muy bien podría.

Josephine pensó en sus zapatillas de color rojo oscuro, que hacían juego con su bata, y en las preferidas de Constantia, de un verde indefinido, que iban con la suya. ¡Negro! Dos batas negras y dos pares de zapatillas negras de lana, escurriéndose hacia el cuarto de baño como dos gatos negros.

—No creo que sea del todo necesario —dijo.

Silencio. Luego Constantia dijo:

—Mañana tendremos que llevar al correo los periódicos con la esquila para que cojan el de Ceilán... ¿Cuántas cartas hemos recibido hasta ahora?

—Veintitrés.

Josephine las había contestado todas, y veintitrés veces, al llegar a «Echamos muchísimo de menos a nuestro querido padre», se había venido abajo y había tenido que recurrir al pañuelo, y en algunas incluso enjugar una lágrima de un azul muy pálido con el borde de un papel secante. ¡Qué raro! No habría podido fingirlo... pero veintitrés veces. Aun ahora, sin embargo, cuando se repetía con tristeza «Echamos muchísimo de menos a nuestro querido padre», podría haber llorado si hubiera querido.

—¿Tienes sellos suficientes? —llegó la voz de Constantia.

—Ay, ¿cómo voy a saberlo? —dijo Josephine con enfado—. ¿De qué sirve preguntarme eso ahora?

—Solo era una pregunta —dijo Constantia con suavidad.

Silencio de nuevo. Se oyó un leve crujido, un correteo, un brinco.

—Un ratón —dijo Constantia.

—No puede ser un ratón, porque no hay migas —dijo Josephine.

—Pero él no sabe que no las hay —dijo Constantia.

Un espasmo de lástima le oprimió el corazón. ¡Pobrecillo! Ojalá hubiera dejado un trocito de galleta en el tocador. Era horrible pensar que no encontraría nada. ¿Qué haría?

—No me explico cómo se las arreglan para vivir siquiera —dijo despacio.

—¿Quiénes? —inquirió Josephine.

Y Constantia dijo, más alto de lo que pretendía:

—Los ratones.

Josephine se puso furiosa.

—¡Ay, qué tonterías, Con! —dijo—. ¿Qué tienen que ver los ratones con esto? Estás dormida.

—No creo —dijo Constantia. Cerró los ojos para asegurarse. Lo estaba.

Josephine arqueó la espalda, encogió las rodillas, cruzó los brazos de modo que los puños le quedaran bajo las orejas y apretó con fuerza la mejilla contra la almohada.

II

Otra cosa que enredaba el asunto era que aquella semana tenían en casa a la enfermera Andrews. La culpa era suya; la habían invitado ellas. Había sido idea de Josephine. La mañana... bueno, la última mañana, cuando el médico se hubo marchado, Josephine le había dicho a Constantia:

—¿No te parecería bastante bonito que le pidiéramos a la enfermera Andrews que se quedara una semana como invitada nuestra?

—Muy bonito —dijo Constantia.

—He pensado —prosiguió Josephine deprisa— que esta tarde, después de pagarle, le diría sin más: «A mi hermana y a mí nos complacería mucho, después de todo lo que ha hecho por nosotras, enfermera Andrews, que se quedara una semana como invitada nuestra». Tendría que añadir eso de invitada por si acaso...

—¡Ay, pero difícilmente esperará que le paguen! —exclamó Constantia.

—Nunca se sabe —dijo Josephine con sabiduría.

La enfermera Andrews, naturalmente, se había agarrado a la idea al vuelo. Pero era un fastidio. Significaba que tenían que hacer comidas formales, sentadas a la mesa y a sus horas, mientras que, de haber estado solas, no habrían tenido más que pedirle a Kate que les llevara una bandeja allá donde estuvieran. Y las horas de las comidas, ahora que había pasado la tensión, resultaban todo un suplicio.

La enfermera Andrews era sencillamente espantosa con la mantequilla. La verdad es que no podían evitar la sensación de que, al menos con la mantequilla, se aprovechaba de su amabilidad. Y tenía esa costumbre enloquecedora de pedir solo un dedo más de pan para acabar lo que tenía en el plato y luego, en el último bocado, distraídamente —por supuesto que no era distraídamente—, servirse otra ración. Josephine se ponía muy colorada cuando esto ocurría, y clavaba los ojillos, como cuentas, en el mantel, como si viera un diminuto y extraño insecto avanzar por la trama. Pero el rostro largo y pálido de Constantia se alargaba y se endurecía, y ella miraba a lo lejos, muy lejos, más allá del desierto, hasta donde aquella hilera de camellos se desovillaba como un hilo de lana...

—Cuando estuve con lady Tukes —dijo la enfermera Andrews—, tenía un chisme la mar de delicado para la mantequilla. Era un Cupido de plata en equilibrio sobre el... sobre el bordecito de una fuente de cristal, sosteniendo un tenedorcito. Y cuando una deseaba mantequilla, no había más que apretarle el pie, y él se inclinaba y le ensartaba un pedacito. Era todo un juego.

Josephine apenas podía soportarlo. Pero lo único que dijo fue:

—Me parece que esas cosas son una gran extravagancia.

—¿Y eso por quééé? —preguntó la enfermera Andrews, radiante tras sus lentes—. Nadie, seguramente, tomaría más mantequilla de la que quisiera, ¿verdad que no?

—Toca la campanilla, Con —exclamó Josephine. No se fiaba de sí misma para responder.

Y la altiva y joven Kate, la princesa encantada, entró a ver qué querían ahora las viejas gatas. Les arrebató los platos de aquel remedo de no se sabía qué y les plantó delante, de un golpe, un blancmange blanco y aterrorizado.

—Confitura, por favor, Kate —dijo Josephine con amabilidad.

Kate se arrodilló y abrió de golpe el aparador, levantó la tapa del tarro de la confitura, vio que estaba vacío, lo dejó sobre la mesa y se marchó muy estirada.

—Me temo —dijo la enfermera Andrews un momento después— que no hay.

—¡Ay, qué fastidio! —dijo Josephine. Se mordió el labio—. ¿Qué será mejor que hagamos?

Constantia puso cara de duda.

—No podemos volver a molestar a Kate —dijo en voz baja.

La enfermera Andrews esperaba, sonriéndoles a las dos. Sus ojos vagaban, espiándolo todo tras los lentes. Constantia, desesperada, volvió a sus camellos. Josephine frunció el ceño con fuerza... se concentró. De no haber sido por aquella mujer idiota, ella y Con se habrían comido el blancmange sin nada, naturalmente. De pronto se le ocurrió la idea.

—Ya sé —dijo—. Mermelada. Hay mermelada en el aparador. Tráela, Con.

—Espero —rio la enfermera Andrews, y su risa era como el tintineo de una cucharilla contra un vaso de medicina—, espero que no sea una mermelada muy amaaarga.

III

Pero, al fin y al cabo, ya faltaba poco, y entonces se iría para siempre. Y no había manera de negar que había sido muy buena con padre. Lo había cuidado día y noche hasta el final. Es más, tanto Constantia como Josephine sentían en su fuero interno que se había excedido un tanto en eso de no dejarlo solo en el último instante. Pues cuando ellas habían entrado a despedirse, la enfermera Andrews había permanecido sentada junto a su cama todo el rato, sosteniéndole la muñeca y fingiendo mirar el reloj. No podía haber sido necesario. Y, además, qué falta de tacto. Supongamos que padre hubiera querido decir algo... algo privado para ellas. No es que lo hubiera querido. ¡Ay, ni mucho menos! Yacía allí, amoratado, con la cara de un púrpura oscuro y airado, y ni siquiera las miró cuando entraron. Luego, mientras ellas seguían allí de pie, sin saber qué hacer, él había abierto de pronto un ojo. Ay, qué diferencia habría supuesto, qué diferencia para el recuerdo que guardaban de él, cuánto más fácil de contar a los demás, ¡si al menos los hubiera abierto los dos! Pero no... un ojo solo. Las fulminó un instante y luego... se apagó.

IV

Las había puesto en una situación muy violenta cuando Mr. Farolles, de St. John's, las visitó aquella misma tarde.

—Confío en que el final fuera del todo apacible —fueron las primeras palabras que dijo mientras se deslizaba hacia ellas por el salón en penumbra.

—Del todo —dijo Josephine con un hilo de voz. Las dos agacharon la cabeza. Ambas estaban convencidas de que aquel ojo no había sido en absoluto un ojo apacible.

—¿No quiere sentarse? —dijo Josephine.

—Gracias, Miss Pinner —dijo Mr. Farolles con gratitud. Se recogió los faldones de la levita y empezó a dejarse caer en el sillón de padre, pero, justo al rozarlo, casi se levantó de un brinco y se deslizó en cambio hacia la silla de al lado.

Tosió. Josephine entrelazó las manos; Constantia puso cara de ausente.

—Quiero que sienta, Miss Pinner —dijo Mr. Farolles—, y usted también, Miss Constantia, que estoy intentando serles de ayuda. Deseo serles de ayuda a las dos, si me lo permiten. Estos son los momentos —dijo Mr. Farolles

con gran sencillez y fervor— en que Dios quiere que nos ayudemos los unos a los otros.

—Muchísimas gracias, Mr. Farolles —dijeron Josephine y Constantia.

—De nada —dijo Mr. Farolles con suavidad. Se pasó los guantes de cabritilla entre los dedos y se inclinó hacia delante—. Y si alguna de ustedes deseara recibir un poco de comunión, una de las dos o ambas, aquí y ahora, no tienen más que decírmelo. Un poco de comunión a menudo resulta de gran ayu... de gran consuelo —añadió con ternura.

Pero la idea de un poco de comunión las aterrorizó. ¡Cómo! ¡En el salón, ellas solas... sin... sin altar ni nada! El piano quedaría demasiado alto, pensó Constantia, y Mr. Farolles no podría de ningún modo inclinarse sobre él con el cáliz. Y seguro que Kate entraría de golpe y los interrumpiría, pensó Josephine. ¿Y si sonaba el timbre a media ceremonia? Podía ser alguien importante... algo relacionado con el luto. ¿Se levantarían con recogimiento y saldrían, o tendrían que esperar... en pleno suplicio?

—Quizá puedan enviarme una nota con la buena de Kate, si les apeteciera más adelante —dijo Mr. Farolles.

—¡Ay, sí, muchísimas gracias! —dijeron las dos.

Mr. Farolles se levantó y cogió su sombrero negro de paja de la mesa redonda.

—Y en cuanto al funeral —dijo en voz baja—, ¿puedo encargarme yo de eso... como viejo amigo de su querido padre y de ustedes, Miss Pinner... y Miss Constantia?

Josephine y Constantia se levantaron también.

—Me gustaría que fuera bastante sencillo —dijo Josephine con firmeza— y no demasiado caro. Al mismo tiempo, me gustaría...

«Uno bueno, que dure», pensó la soñadora de Constantia, como si Josephine estuviera comprando un camisón. Pero, naturalmente, Josephine no dijo tal cosa.

—Uno acorde con la posición de nuestro padre. —Estaba muy nerviosa.

—Me acercaré a ver a nuestro buen amigo Mr. Knight —dijo Mr. Farolles en tono tranquilizador—. Le pediré que venga a verlas. Estoy se-

guro de que lo encontrarán de lo más servicial.

V

Bueno, en cualquier caso, toda esa parte había terminado, aunque ninguna de las dos podía creer de ningún modo que padre no fuera a volver nunca. Josephine había tenido un momento de absoluto terror en el cementerio, mientras bajaban el ataúd, al pensar que ella y Constantia habían hecho semejante cosa sin pedirle permiso. ¿Qué diría padre cuando se enterara? Porque tarde o temprano se enteraría sin remedio. Siempre se enteraba. «Enterrado. ¡Vosotras dos me habéis hecho enterrar!». Oía el golpeteo de su bastón. Ay, ¿qué dirían? ¿Qué excusa podrían poner? Sonaba como algo espantosamente despiadado. Aprovecharse de manera tan perversa de una persona por el mero hecho de que en ese momento estuviera indefensa. Los demás parecían tomárselo todo como la cosa más natural del mundo. Eran desconocidos; no cabía esperar que comprendieran que padre era la última persona a quien debía ocurrirle algo así. No, toda la culpa de aquello recaería sobre ella y Constantia. Y el gasto, pensó, subiendo al coche de punto, cerrado y abotonado. Cuando tuviera que enseñarle las facturas. ¿Qué diría entonces?

Lo oía bramar a voz en grito: «¿Y pretendéis que pague yo esta excursión de pacotilla vuestra?».

— Ay — gimió en voz alta la pobre Josephine —, ¿no deberíamos haberlo hecho, Con!

Y Constantia, pálida como un limón en medio de tanto negro, dijo en un susurro asustado:

— ¿Hecho qué, Jug?

— Dejar que en-enterraran a padre así — dijo Josephine, viniéndose abajo y llorando sobre su pañuelo de luto, nuevo y de raro olor.

— Pero ¿qué otra cosa podríamos haber hecho? — preguntó Constantia con extrañeza —. No podíamos quedárnoslo, Jug... no podíamos tenerlo sin enterrar. Al menos, no en un piso de ese tamaño.

Josephine se sonó la nariz; el coche estaba terriblemente cargado.

— No lo sé — dijo con desconsuelo —. Todo es tan espantoso. Tengo la sensación de que deberíamos haberlo intentado, al menos durante un tiem-

po. Para estar completamente seguras. Una cosa es segura —y de nuevo le brotaron las lágrimas— : padre nunca nos perdonará esto... ¡nunca!

VI

Padre nunca las perdonaría. Eso fue lo que sintieron más que nunca cuando, dos mañanas después, entraron en su cuarto para revisar sus cosas. Lo habían hablado con bastante calma. Hasta figuraba en la lista de cosas pendientes de Josephine: «Revisar las cosas de padre y decidir sobre ellas». Pero eso era muy distinto de decir, después del desayuno:

—Bueno, ¿estás lista, Con?

—Sí, Jug... cuando tú quieras.

—Entonces creo que será mejor que acabemos con esto.

El recibidor estaba a oscuras. Durante años había sido norma no molestar nunca a padre por la mañana, pasara lo que pasara. Y ahora iban a abrir la puerta sin siquiera llamar... A Constantia se le agrandaron los ojos ante la idea; Josephine sintió que le flaqueaban las rodillas.

—Tú... tú primero —jadeó, empujando a Constantia.

Pero Constantia dijo, como había dicho siempre en aquellas ocasiones:

—No, Jug, eso no es justo. Tú eres la mayor.

Josephine estaba a punto de decir —lo que en otras circunstancias no habría reconocido por nada del mundo— , lo que guardaba como última arma: «Pero tú eres la más alta», cuando se dieron cuenta de que la puerta de la cocina estaba abierta, y allí estaba Kate...

—Está muy dura —dijo Josephine, agarrando el picaporte e intentando con todas sus fuerzas girarlo. ¡Como si algo pudiera engañar alguna vez a Kate!

No había nada que hacer. Aquella muchacha era... Entonces la puerta se cerró a su espalda, pero... pero no estaban en el cuarto de padre en absoluto. Era como si hubieran atravesado de pronto la pared por error y entrado en un piso completamente distinto. ¿Estaría la puerta justo detrás de ellas? Tenían demasiado miedo para mirar. Josephine sabía que, de estar allí, se mantenía bien cerrada; Constantia sentía que, como las puertas de los sueños, no tenía picaporte alguno. Era el frío lo que lo hacía tan espantoso.

O la blancura... ¿cuál de los dos? Todo estaba cubierto. Las persianas estaban bajadas, un paño cubría el espejo, una sábana ocultaba la cama; un enorme abanico de papel blanco llenaba la chimenea. Constantia tendió tímidamente la mano; casi esperaba que cayera un copo de nieve. Josephine sintió un extraño hormigueo en la nariz, como si se le estuviera congelando. Entonces un coche pasó haciendo clop-clop sobre los adoquines de abajo, y el silencio pareció hacerse añicos.

—Más vale que suba una persiana —dijo Josephine con valentía.

—Sí, quizá sea buena idea —susurró Constantia.

Apenas rozaron la persiana, pero esta salió disparada hacia arriba y el cordón voló tras ella, enrollándose en torno al palo, y la borlita golpeaba como si quisiera soltarse. Aquello fue demasiado para Constantia.

—¿No crees... no crees que podríamos dejarlo para otro día? —susurró.

—¿Por qué? —saltó Josephine, sintiéndose, como de costumbre, mucho mejor ahora que sabía a ciencia cierta que Constantia estaba aterrorizada—. Hay que hacerlo. Pero ojalá dejaras de susurrar, Con.

—No sabía que estuviera susurrando —susurró Constantia.

—¿Y por qué no dejas de mirar la cama? —dijo Josephine, alzando la voz casi con aire desafiante—. No hay nada en la cama.

—¡Ay, Jug, no digas eso! —dijo la pobre Connie—. Al menos, no tan alto.

La propia Josephine sintió que había ido demasiado lejos. Dio un amplio rodeo hasta la cómoda, tendió la mano, pero enseguida volvió a retirarla.

—¡Connie! —jadeó, y se dio media vuelta y se apoyó de espaldas contra la cómoda.

—Ay, Jug... ¿qué?

Josephine solo atinó a quedarse mirándola fijamente. Tenía la extrañísima sensación de acabar de escapar de algo sencillamente atroz. Pero ¿cómo iba a explicarle a Constantia que padre estaba dentro de la cómoda? Estaba en el cajón de arriba, con los pañuelos y las corbatas, o en el siguiente, con las camisas y los pijamas, o en el de más abajo de todos, con los trajes. Acechaba allí, escondido... justo detrás del tirador... listo para abalanzarse.

Le puso a Constantia una mueca rara, anticuada, igual que solía hacer en los viejos tiempos cuando estaba a punto de llorar.

—No puedo abrir —casi gimió.

—No, no lo hagas, Jug —susurró Constantia con vehemencia—. Es mucho mejor no abrir. No abramos nada. Al menos, no en mucho tiempo.

—Pero... pero parece una debilidad —dijo Josephine, viniéndose abajo.

—Pero ¿por qué no ser débiles por una vez, Jug? —arguyó Constantia, susurrando con bastante fiereza—. Suponiendo que sea una debilidad. —Y su mirada pálida voló del escritorio cerrado con llave —tan seguro— al enorme y reluciente armario, y empezó a respirar de un modo raro, jadeante—. ¿Por qué no habríamos de ser débiles por una vez en la vida, Jug? Es del todo excusable. Seamos débiles... sé débil, Jug. Es mucho más agradable ser débil que ser fuerte.

Y entonces hizo una de aquellas cosas asombrosamente audaces que habría hecho un par de veces antes en toda su vida: se dirigió con paso firme al armario, giró la llave y la sacó de la cerradura. La sacó de la cerradura y la alzó ante Josephine, mostrándole, con su extraordinaria sonrisa, que sabía lo que había hecho: había corrido deliberadamente el riesgo de que padre estuviera allí dentro, entre los abrigos.

Si el enorme armario se hubiera venido hacia delante, se hubiera desplomado sobre Constantia, Josephine no se habría sorprendido. Al contrario, lo habría considerado lo único apropiado que podía suceder. Pero no ocurrió nada. Solo que el cuarto pareció más silencioso que nunca, y los copos más grandes de aire frío cayeron sobre los hombros y las rodillas de Josephine. Esta empezó a tiritar.

—Ven, Jug —dijo Constantia, todavía con aquella sonrisa horrible e insensible, y Josephine la siguió igual que aquella última vez, cuando Constantia había empujado a Benny al estanque redondo.

VII

Pero la tensión les pasó factura cuando estuvieron de vuelta en el comedor. Se sentaron, muy temblorosas, y se miraron.

—No me siento capaz de centrarme en nada —dijo Josephine— hasta que no haya tomado algo. ¿Crees que podríamos pedirle a Kate dos tazas de

agua caliente?

—La verdad es que no veo por qué no —dijo Constantia con cautela. Volvía a ser la de siempre—. No tocaré la campanilla. Iré hasta la puerta de la cocina y se lo pediré.

—Sí, ve —dijo Josephine, dejándose caer en una silla—. Dile que solo dos tazas, Con, nada más... en una bandeja.

—Ni siquiera hace falta que ponga la jarra, ¿verdad? —dijo Constantia, como si Kate muy bien pudiera quejarse de haber tenido que poner la jarra.

—¡Ah, no, desde luego que no! La jarra no es nada necesaria. Puede servirla directamente del hervidor —exclamó Josephine, con la sensación de que aquello sería, en efecto, un buen ahorro de trabajo.

Sus labios fríos temblaron contra los bordes verdosos. Josephine ahuecó las manos, pequeñas y enrojecidas, en torno a la taza; Constantia se irguió y sopló sobre el vapor ondulante, haciéndolo aletear de un lado a otro.

—Hablando de Benny —dijo Josephine.

Y aunque a Benny no se le había mencionado, Constantia puso al instante cara de que sí.

—Esperaré que le enviemos algo de padre, claro. Pero es tan difícil saber qué mandar a Ceilán.

—Quieres decir que las cosas se despegan tanto durante la travesía —murmuró Constantia.

—No, se pierden —dijo Josephine con sequedad—. Ya sabes que allí no hay correo. Solo mensajeros a pie.

Las dos se detuvieron a contemplar a un hombre negro, con calzones de lino blanco, que corría a través de los campos pálidos como alma que lleva el diablo, con un gran paquete de papel de estraza en las manos. El hombre negro de Josephine era diminuto; correteaba reluciente como una hormiga. Pero había algo ciego e incansable en el individuo alto y flaco de Constantia, lo cual lo convertía, según decidió ella, en una persona de lo más desagradable... En la veranda, vestido todo de blanco y con un salacot de corcho, estaba de pie Benny. Su mano derecha subía y bajaba temblando, como hacía la de padre cuando estaba impaciente. Y detrás de él, sin el

menor interés, estaba sentada Hilda, la cuñada desconocida. Se balanceaba en una mecedora de mimbre y pasaba las hojas del Tatler .

—Creo que su reloj sería el regalo más apropiado —dijo Josephine.

Constantia levantó la vista; pareció sorprendida.

—Ay, ¿confiarías un reloj de oro a un nativo?

—Pero por supuesto que lo disfrazaría —dijo Josephine—. Nadie sabría que es un reloj. —Le gustaba la idea de tener que hacer un paquete de una forma tan curiosa que a nadie le fuera posible adivinar qué era. Hasta pensó por un momento en esconder el reloj en una estrecha caja de cartón de corsé que guardaba desde hacía mucho, a la espera de que sirviera para algo. Era un cartón precioso y resistente. Pero no, no resultaría apropiado para esta ocasión. Llevaba algo impreso: «Talla mediana señora 28. Ballenas extra-fuertes». Sería casi demasiada sorpresa para Benny abrir eso y encontrar dentro el reloj de padre.

—Y, claro, no es que fuera a estar en marcha... haciendo tictac, quiero decir —dijo Constantia, que seguía pensando en lo mucho que aman las joyas los nativos—. Al menos —añadió—, sería muy extraño que, después de todo ese tiempo, lo estuviera.

VIII

Josephine no respondió. Se había ido por una de sus tangentes. De pronto había pensado en Cyril. ¿No era más habitual que el único nieto se quedara con el reloj? Y, además, el querido Cyril era tan agradecido, y un reloj de oro significaba tanto para un hombre joven. Benny, con toda probabilidad, había perdido del todo la costumbre de los relojes; los hombres rara vez llevaban chaleco en aquellos climas calurosos. Mientras que Cyril, en Londres, lo llevaba de un extremo del año al otro. Y sería tan agradable para ella y Constantia, cuando él viniera a tomar el té, saber que lo llevaba puesto. «Veo que llevas el reloj del abuelo, Cyril». Resultaría, no sabía por qué, tan satisfactorio.

¡Querido muchacho! ¡Qué golpe había sido su dulce y cariñosa notita! Por supuesto que lo comprendían perfectamente; pero era de lo más desafortunado.

—Habría sido todo un detalle, tenerlo aquí —dijo Josephine.

— Y él lo habría disfrutado tanto — dijo Constantia, sin pensar lo que decía.

En cualquier caso, en cuanto regresara, vendría a tomar el té con sus tías. Cyril a la hora del té era uno de sus escasos placeres.

— Vamos, Cyril, no debes asustarte de nuestros pasteles. Tu tía Con y yo los hemos comprado esta mañana en Buszard's. Ya sabemos cómo es el apetito de un hombre. Así que no te dé vergüenza merendar a gusto.

Josephine cortó sin miramientos el rico pastel oscuro que equivalía a sus guantes de invierno, o a echar suelas y tacones a los únicos zapatos decentes de Constantia. Pero Cyril tenía un apetito de lo más impropio de un hombre.

— Verá, tía Josephine, me es del todo imposible. Acabo de almorzar, ¿sabe?

— ¡Ay, Cyril, no puede ser! Son más de las cuatro — exclamó Josephine. Constantia se quedó con el cuchillo suspendido sobre el brazo de gitano de chocolate.

— Pues lo es, de todos modos — dijo Cyril—. Tenía que ver a un hombre en Victoria, y me tuvo dando vueltas hasta que... solo me dio tiempo de almorzar y venir para acá. Y me invitó a... ¡uf! — Cyril se llevó la mano a la frente — ... a una comilona impresionante — dijo.

Era decepcionante... precisamente hoy. Pero, en fin, no cabía esperar que lo supiera.

— Pero te comerás un merengue, ¿verdad, Cyril? — dijo la tía Josephine —. Estos merengues los hemos comprado especialmente para ti. A tu querido padre le gustaban tanto. Estábamos seguras de que a ti también.

— Y me gustan, tía Josephine — exclamó Cyril con ardor—. ¿Le importa si para empezar tomo solo la mitad?

— En absoluto, querido muchacho; pero no vamos a dejar que te libres con eso.

— ¿A tu querido padre le siguen gustando tanto los merengues? — preguntó con dulzura la tía Con. Hizo una leve mueca al quebrar la cáscara del suyo.

—Pues no lo sé muy bien, tía Con —dijo Cyril con desenfado.

Al oír aquello, las dos levantaron la vista.

—¿Que no lo sabes? —casi le espetó Josephine—. ¿No sabes una cosa así sobre tu propio padre, Cyril?

—No me digas —dijo la tía Con con suavidad.

Cyril intentó quitarle hierro con una risa.

—Bueno —dijo—, es que hace tanto tiempo que... —Vaciló. Se detuvo. Las caras de ellas eran demasiado para él.

—Aun así —dijo Josephine.

Y la tía Con lo miró.

Cyril dejó la taza de té.

—Esperen un momento —exclamó—. Esperen un momento, tía Josephine. ¿En qué estoy pensando? —Levantó la vista. A ellas se les empezaba a iluminar la cara. Cyril se dio una palmada en la rodilla—. Pues claro —dijo—, eran los merengues. ¿Cómo he podido olvidarlo? Sí, tía Josephine, tiene toda la razón. A mi padre le pirran los merengues.

No solo resplandecieron. La tía Josephine se puso colorada de gusto; la tía Con dejó escapar un suspiro hondo, muy hondo.

—Y ahora, Cyril, tienes que venir a ver a padre —dijo Josephine—. Sabe que venías hoy.

—De acuerdo —dijo Cyril, con mucha firmeza y entusiasmo. Se levantó de la silla; de pronto echó un vistazo al reloj—. Oiga, tía Con, ¿no va un poco atrasado su reloj? Tengo que ver a un hombre en... en Paddington poco después de las cinco. Me temo que no voy a poder quedarme mucho rato con el abuelo.

—¡Ay, no esperará que te quedes mucho rato! —dijo la tía Josephine.

Constantia seguía contemplando el reloj. No lograba decidir si iba adelantado o atrasado. Una cosa o la otra, de eso estaba casi segura. En todo caso, lo había estado.

Cyril aún se demoraba.

—¿No viene usted, tía Con?

—Por supuesto —dijo Josephine—, iremos todos. Vamos, Con.

IX

Llamaron a la puerta, y Cyril siguió a sus tías al interior del cuarto del abuelo, caluroso y de olor dulzón.

—Vamos —dijo el abuelo Pinner—. No os quedéis ahí parados. ¿Qué pasa? ¿Qué habéis estado tramando?

Estaba sentado ante un fuego que rugía, aferrado a su bastón. Tenía una gruesa manta sobre las rodillas. En el regazo descansaba un precioso pañuelo de seda de un amarillo pálido.

—Es Cyril, padre —dijo Josephine con timidez. Y tomó a Cyril de la mano y lo condujo hacia delante.

—Buenas tardes, abuelo —dijo Cyril, intentando soltarse de la mano de la tía Josephine.

El abuelo Pinner le clavó los ojos a Cyril de aquel modo suyo que lo había hecho famoso. ¿Dónde estaba la tía Con? Estaba de pie al otro lado de la tía Josephine; los largos brazos le colgaban por delante; tenía las manos entrelazadas. No apartaba los ojos del abuelo.

—Bueno —dijo el abuelo Pinner, empezando a dar golpes con el bastón—, ¿qué tienes que contarme?

¿Qué tenía, qué tenía él que contarle? Cyril se sintió sonreír como un perfecto imbécil. Además, el cuarto era asfixiante. Pero la tía Josephine acudió en su auxilio. Exclamó con alegría:

—Cyril dice que a su padre le siguen gustando mucho los merengues, padre querido.

—¿Eh? —dijo el abuelo Pinner, ahuecando la mano como una cáscara de merengue morada sobre una oreja.

Josephine repitió:

—Cyril dice que a su padre le siguen gustando mucho los merengues.

—No oigo —dijo el viejo coronel Pinner. Y apartó a Josephine con el bastón; luego señaló con él a Cyril—. Dime tú qué está tratando de decir —

dijo.

(¡Dios mío!)

—¿Tengo que hacerlo? —dijo Cyril, sonrojándose y mirando fijamente a la tía Josephine.

—Hazlo, cariño —sonrió ella—. Le hará tantísima ilusión.

—¡Vamos, suéltalo de una vez! —exclamó el coronel Pinner con irritación, empezando a dar golpes otra vez.

Y Cyril se inclinó hacia delante y vociferó:

—¡A mi padre le siguen gustando mucho los merengues!

Al oír aquello, el abuelo Pinner pegó un brinco como si le hubieran disparado.

—¡No grites! —exclamó—. ¿Qué le pasa al muchacho? ¡Merengues! ¿Qué pasa con ellos?

—Ay, tía Josephine, ¿tenemos que seguir? —gimió Cyril con desesperación.

—No pasa nada, querido muchacho —dijo la tía Josephine, como si ella y él estuvieran juntos en el dentista—. Lo entenderá en un minuto. —Y le susurró a Cyril—: Está un poco sordo, ¿sabes? —Luego se inclinó hacia delante y le berreó de verdad al abuelo Pinner—: Cyril solo quería decirte, padre querido, que a su padre le siguen gustando mucho los merengues.

El coronel Pinner oyó esta vez, oyó y se quedó rumiando, mirando a Cyril de arriba abajo.

—¡Qué cosa más extraordinaria! —dijo el viejo abuelo Pinner—. ¡Qué cosa más extraordinaria, venir desde tan lejos hasta aquí para contarme eso!

Y Cyril sintió que lo era.

—Sí, le enviaré el reloj a Cyril —dijo Josephine.

—Eso estaría muy bien —dijo Constantia—. Creo recordar que la última vez que vino hubo cierto pequeño problema con la hora.

X

Las interrumpió Kate, que entró de sopetón a su manera habitual, como si hubiera descubierto algún panel secreto en la pared.

—¿Frito o hervido? —preguntó la voz descarada.

¿Frito o hervido? Josephine y Constantia se quedaron por un momento del todo desconcertadas. Apenas eran capaces de asimilarlo.

—¿Frito o hervido el qué, Kate? —preguntó Josephine, tratando de empezar a concentrarse.

Kate dio un sonoro resoplido por la nariz.

—Pescado.

—Bueno, ¿por qué no lo has dicho enseguida? —la reprendió Josephine con suavidad—. ¿Cómo querías que lo entendiéramos, Kate? Hay muchísimas cosas en este mundo, ¿sabes?, que se sirven fritas o hervidas. —Y tras semejante alarde de valor, le dijo muy animada a Constantia—: ¿Cuál prefieres tú, Con?

—Creo que estaría bien tomarlo frito —dijo Constantia—. Por otra parte, claro, el pescado hervido es muy rico. Creo que los dos me gustan por igual... A no ser que tú... En ese caso...

—Lo freiré —dijo Kate, y se marchó dando botes, dejando abierta la puerta del comedor y cerrando de un portazo la de su cocina.

Josephine clavó la vista en Constantia; enarcó las pálidas cejas hasta que se le perdieron, ondulándose, en el pálido cabello. Se levantó. Dijo de un modo muy altivo e imponente:

—¿Te importa acompañarme al salón, Constantia? Tengo algo de gran importancia que tratar contigo.

Pues siempre se retiraban al salón cuando querían hablar de Kate.

Josephine cerró la puerta con intención.

—Siéntate, Constantia —dijo, todavía muy solemne. Era como si estuviera recibiendo a Constantia por primera vez. Y Con buscó con la mirada, vagamente, una silla, como si de verdad se sintiera toda una extraña—. La cuestión ahora —dijo Josephine, inclinándose hacia delante— es si la conservamos o no.

—Esa es la cuestión —convino Constantia.

—Y esta vez —dijo Josephine con firmeza— tenemos que llegar a una decisión definitiva.

Constantia pareció por un momento a punto de ponerse a repasar todas las otras veces, pero se sobrepuso y dijo:

—Sí, Jug.

—Verás, Con —explicó Josephine—, ahora todo ha cambiado mucho. — Constantia levantó la vista con rapidez—. Quiero decir —prosiguió Josephine— que ya no dependemos de Kate como antes. —Y se sonrojó levemente—. Ya no hay que cocinar para padre.

—Eso es del todo cierto —convino Constantia—. Desde luego, padre ya no necesita que le cocinen nada, sea lo que sea lo demás...

Josephine la interrumpió con sequedad:

—No tendrás sueño, ¿verdad, Con?

—¿Sueño, Jug? —Constantia abrió mucho los ojos.

—Pues concéntrate más —dijo Josephine con sequedad, y volvió al asunto—. La cosa se reduce a que, si nosotras —y esto lo dijo en un susurro apenas audible, mirando de reojo a la puerta— despidiéramos a Kate —volvió a alzar la voz—, podríamos arreglárnoslas con nuestra propia comida.

—¿Por qué no? —exclamó Constantia. No pudo evitar sonreír. La idea era tan emocionante. Juntó las manos—. ¿De qué viviríamos, Jug?

—¡Ay, de huevos de mil maneras! —dijo Jug, de nuevo altiva—. Y, además, están todos los platos preparados.

—Pero siempre he oído —dijo Constantia— que se tienen por carísimos.

—No si se compran con moderación —dijo Josephine. Pero se arrancó de aquel fascinante desvío y arrastró a Constantia tras de sí—. Sin embargo, lo que tenemos que decidir ahora es si de verdad nos fiamos de Kate o no.

Constantia se recostó. Su risita apagada le voló de los labios.

—¿No es curioso, Jug —dijo—, que justo sobre este único asunto nunca haya sido capaz de decidirme del todo?

XI

Nunca había podido. Toda la dificultad estaba en demostrar algo. ¿Cómo se demostraban las cosas, cómo iba una a demostrarlas? Supongamos que Kate se hubiera plantado delante de ella y le hubiera hecho una mueca a propósito. ¿No podría muy bien haber sido de dolor? ¿No era imposible, en todo caso, preguntarle a Kate si le estaba haciendo una mueca? Si Kate respondía «No» —y, claro está, diría «No»—, ¡menuda situación! ¡Qué falta de dignidad! Y además Constantia sospechaba, estaba casi segura, de que Kate iba a su cómoda cuando ella y Josephine estaban fuera, no para llevarse cosas, sino para figonear. Muchas veces había vuelto a casa y había encontrado su cruz de amatista en los lugares más insospechados, bajo sus cuellos de encaje o encima de su berta de noche. Más de una vez le había tendido una trampa a Kate. Había colocado las cosas en un orden especial y luego había llamado a Josephine como testigo.

—¿Lo ves, Jug?

—Del todo, Con.

—Ahora podremos saberlo.

Pero, ay, cuando iba a mirar, ¡estaba tan lejos de una prueba como siempre! Si algo estaba fuera de su sitio, muy bien podía haber ocurrido al cerrar ella el cajón; una sacudida lo habría provocado con suma facilidad.

—Ven tú, Jug, y decide. Yo no puedo, de verdad. Es demasiado difícil.

Pero, tras una pausa y una larga mirada fija, Josephine suspiraba:

—Ahora que me has metido la duda en la cabeza, Con, estoy segura de que tampoco yo sé decirlo.

—Bueno, no podemos volver a aplazarlo —dijo Josephine—. Si lo aplazamos esta vez...

XII

Pero en ese momento, en la calle de abajo, un organillo se puso a sonar. Josephine y Constantia se pusieron en pie de un salto a la vez.

—Corre, Con —dijo Josephine—. Corre rápido. Hay seis peniques en el...

Entonces se acordaron. No importaba. Nunca más tendrían que mandar callar al organillero. Nunca más les dirían a ella y a Constantia que hicieran que aquel mono se llevara su ruido a otra parte. Nunca volvería a resonar aquel bramido fuerte y extraño cuando padre creía que no se daban bastante prisa. El organillero podía tocar allí todo el día y el bastón no golpearía.

Ya nunca volverá a golpear, ya nunca volverá a golpear,
tocaba el organillo.

¿En qué pensaba Constantia? Tenía una sonrisa tan extraña; parecía otra. No podía ser que fuera a llorar.

—Jug, Jug —dijo Constantia en voz baja, apretándose las manos una contra otra—. ¿Sabes qué día es hoy? Es sábado. Hoy hace una semana, una semana entera.

Hace una semana que murió padre, hace una semana que murió padre, clamaba el organillo. Y también Josephine olvidó ser práctica y sensata; sonrió levemente, de un modo extraño. Sobre la alfombra india cayó un cuadrado de luz solar, de un rojo pálido; iba y venía y volvía... y se quedó, se intensificó... hasta que brilló casi dorado.

—Ha salido el sol —dijo Josephine, como si de verdad importara.

Una verdadera fuente de notas burbujeantes brotó temblando del organillo, notas redondas, brillantes, esparcidas sin cuidado. Constantia alzó las manos, grandes y frías, como para atraparlas, y luego las manos volvieron a caer. Se acercó a la repisa de la chimenea, a su Buda preferido. Y la imagen de piedra y pan de oro, cuya sonrisa siempre le producía una sensación tan rara, casi un dolor y, sin embargo, un dolor placentero, parecía hoy estar haciendo más que sonreír. Sabía algo; tenía un secreto. «Yo sé algo que tú no sabes», decía su Buda. Ay, ¿qué era, qué podía ser? Y, sin embargo, ella siempre había sentido que había... algo.

La luz del sol se colaba a presión por las ventanas, se abría paso a hurtadillas, lanzaba sus destellos sobre los muebles y las fotografías. Josephine la observaba. Cuando llegó a la fotografía de madre, la ampliación que había sobre el piano, se demoró como desconcertada de hallar que tan poco quedaba de madre, salvo los pendientes con forma de pagoditas y una boa de plumas negra. ¿Por qué palidecían siempre tanto las fotografías de los

muertos?, se preguntaba Josephine. En cuanto una persona moría, su fotografía moría también. Pero, claro, esta de madre era muy antigua. Tenía treinta y cinco años. Josephine recordaba haberse subido a una silla y haberle señalado a Constantia aquella boa de plumas, diciéndole que era una serpiente que había matado a su madre en Ceilán... ¿Habría sido todo distinto si madre no hubiera muerto? No veía por qué. La tía Florence había vivido con ellas hasta que dejaron el colegio, y se habían mudado tres veces y habían tenido sus vacaciones anuales y... y había habido cambios en el servicio, claro está.

Unos gorrioncillos —gorriones jóvenes, a juzgar por el sonido— piaban en el alféizar de la ventana. Pío... piíío... pío. Pero Josephine sentía que no eran gorriones, que no estaban en el alféizar. Estaba dentro de ella, aquel raro y leve sonido lloroso. Pío... piíío... pío. Ah, ¿qué era lo que lloraba, tan débil y desamparado?

Si madre hubiera vivido, ¿se habrían casado quizá? Pero no había habido nadie con quien casarse. Estaban los amigos angloindios de padre, antes de que él se peleara con ellos. Pero después de aquello, ella y Constantia no conocieron a un solo hombre, salvo clérigos. ¿Cómo se conocía a los hombres? O, aun habiéndolos conocido, ¿cómo podrían haber llegado a tratarlos lo bastante como para ser algo más que desconocidos? Una leía sobre gente que vivía aventuras, a la que seguían por la calle, y cosas así. Pero a Constantia y a ella nunca las había seguido nadie. ¡Ah, sí, un año, en Eastbourne, hubo un hombre misterioso en su pensión que dejó una nota sobre la jarra de agua caliente, a la puerta de su dormitorio! Pero, para cuando Connie la encontró, el vapor había vuelto la letra demasiado tenue para leerla; ni siquiera lograron distinguir a cuál de las dos iba dirigida. Y él se marchó al día siguiente. Y eso fue todo. El resto había consistido en cuidar de padre y, al mismo tiempo, en no cruzarse en el camino de padre. Pero ¿ahora? ¿Pero ahora? El sol ladrón rozó a Josephine con suavidad. Ella alzó el rostro. Unos suaves rayos la atrajeron hacia la ventana...

Hasta que el organillo dejó de tocar, Constantia permaneció ante el Buda, preguntándose cosas, pero no como de costumbre, no de un modo vago. Esta vez, ese preguntarse se asemejaba al anhelo. Recordaba las veces que había entrado allí, que se había escabullido de la cama en camisón cuando había luna llena, y se había tendido en el suelo con los brazos extendidos, como si estuviera crucificada. ¿Por qué? La luna, grande y pálida, la había

impulsado a hacerlo. Las horribles figuras danzantes del biombo tallado la habían mirado de reojo, con malicia, y a ella no le había importado. Recordaba también cómo, siempre que estaban en la costa, se había alejado ella sola y se había acercado al mar todo lo que había podido, y había cantado algo, algo inventado por ella, mientras contemplaba toda aquella agua inquieta. Había estado esa otra vida: salir corriendo, traer cosas a casa en bolsas, conseguir cosas a prueba, comentarlas con Jug, devolverlas para conseguir más cosas a prueba, y preparar las bandejas de padre y procurar no molestar a padre. Pero todo aquello parecía haber sucedido en una especie de túnel. No era real. Solo cuando salía del túnel a la luz de la luna, o junto al mar, o en plena tormenta, se sentía de verdad ella misma. ¿Qué significaba aquello? ¿Qué era lo que siempre estaba deseando? ¿Adónde conducía todo? ¿Ahora? ¿Ahora?

Se apartó del Buda con uno de sus gestos vagos. Fue hasta donde estaba Josephine. Quería decirle algo a Josephine, algo tremendamente importante, sobre... sobre el futuro y sobre qué...

—¿No crees que quizá...? —empezó.

Pero Josephine la interrumpió.

—Me preguntaba si ahora... —murmuró. Se detuvieron; cada una esperó a la otra.

—Sigue, Con —dijo Josephine.

—No, no, Jug; tú primero —dijo Constantia.

—No, di lo que ibas a decir. Tú has empezado —dijo Josephine.

—Yo... yo prefiero oír antes lo que ibas a decir tú —dijo Constantia.

—No seas absurda, Con.

—De verdad, Jug.

—¡Connie!

—¡Ay, Jug!

Una pausa. Luego Constantia dijo débilmente:

—No puedo decir lo que iba a decir, Jug, porque he olvidado qué era... lo que iba a decir.

Josephine guardó silencio un momento. Se quedó mirando una gran nube donde había estado el sol. Luego respondió con sequedad:

— Yo también lo he olvidado.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB